Telón de Agora

MARY, MARY. APROBADO EN INOCENCIA. LA BELLA DOROTEA. EL PENSAMIENTO. EL RÍO SE ENTRÓ EN SEVILLA. CALÍGULA.

Teatro Valle-Inclán: "Mary, Mary". *Autora:* Jean Kerr. *Traducción y adaptación:* Conchita Montes. *Dirección:* Adolfo Marsillach. *Decorado:* V. Viudes, *realizado por* M. López. *Atrezzo:* Mateos.

MARY, MARY es la historia de una cita entre cónyuges para formalizar su divorcio, que acaba en reconciliación. *Mary* es inteligente y dominante; *Bob,* mediocre y vanidoso. Hay otros personajes—tres—, alrededor de la pareja, que ayudan, unos queriendo y otros no, al presentido final. La comedia es ingeniosa, muy bien dialogada y la sonrisa permanece siempre en los labios del espectador. Todos los actores, especialmente Conchita Montes, Fernando Rey, Gregorio Alonso y Paco Muñoz, la interpretan con gracia y arte. La autora acredita su inteligencia y, burla burlando, hace un retrato muy perfecto de tres personajes: *Mary, Bob* y el cineasta *Dirk Winston.*

Teatro Lara: "Aprobado en inocencia". *Autor:* Luis Peñafiel. *Dirección:* Narciso Ibáñez Serrador. *Decorados:* Mario Vanarelli.

Luis Peñafiel no desaprovecha ni un recurso—entre los válidos—para que su obra divierta a todos los públicos. Repite lo que el espectador debe saber con vistas a la sorpresa final, dosifica la acción, contrasta criadas, dobla las escenas con distinto matiz, hace abundante uso del teléfono y, a mitad de la obra, para insuflarle aliento, promueve un nuevo suceso: la riña entre los padres. "Aprobado en inocencia", comedia entretenida escrita con prodigioso oficio, es pura anécdota y lo más destacable que hay en ella es la interpretación de *Tom* por Narciso Ibáñez Serrador. Es éste un gran actor joven, largo en buenos recursos, personal, seguro y naturalísimo. Por excederse en naturalidad, se le oye poco, algunas veces. Como director de escena, es otra cosa: sirva, como mal ejemplo, el brusco cambio de sitio de Pepita Serrador, en el primer acto, durante la visita, tapando a un personaje que habla sin cesar en ese momento, y sólo porque, poco después, tiene que coger de un mueble un cuaderno de notas. El decorado y los muebles son de mal gusto, ramplones; sobre todo el butacón de la derecha y el tresillo. Pepita Serrador, Carlos Casaravilla y Teresa Gisbert fueron, tras Ibáñez Serrador, los mejores intérpretes.

Teatro de la Comedia: "La Bella Dorotea". *Autor y director:* Miguel Mihura. *Decorados:* Sigfrido Burman, *realizados por* López Sevilla. *Figurines:* Vicente Viudes, *realizados por* Encarnación Iglesias.

Mihura ha considerado en esta comedia un drama pintoresco y noticiable—el plante de la novia el día de la boda—, un drama familiar, creado, a partes iguales, por el egoísmo, el amor y la desaprensión—la situación de *Doña Rita* respecto a su sobrina *Dorotea*—y un coro de erinias pueblerinas—*Benita, Inés* y *Remedios*—. Lo demás, el barítono, su representante y el amor de éste por *Rosa,* viene sólo a devanar la densa madeja. Mihura—¿habrá que decirlo una vez más?—es un excelentísimo humorista y ha conseguido en esta obra personajes vivos—los que le son simpáticos: *Dorotea, Don José, Rosa, Don Manuel*...—y caricaturas—los que le son, con justicia, es verdad, antipáticos: *Benita, Inés, Remedios*—. Para expresar la estulticia y maldad de estas últimas criaturas—simbólico blanco de su crítica—Mihura incurre en francos diálogos de relleno: el de la mula, en el primer cuadro, y el del niño canijo al que arrastra el viento, en el último. Este humor "codornicesco", que asoma la oreja de cuando en cuando, es lo más viejo de la obra. Ha hecho mal Mihura en tolerarse esa facilidad, de la que puede prescindir siempre que quiera. Creemos—quizá con exceso de amor al arte—que LA BELLA DOROTEA pudo acabarse en el tercer cuadro. ¿Quién iba a pensar que un tipo como *Don José* podía marcharse? No estaba dentro de la sicología del personaje.

La comedia resulta, en algunos momentos, un poco lenta y reiterativa, pero hay—siempre en el teatro de Mihura—escenas de alto valor, como las del tercer cuadro, en su mitad primera, sobre todo. Y, al acabar, somos buenos amigos de esta gran *Dorotea,* dulce y amarga, terrible y tierna, audaz y tímida. Ella, *Don José* y *Rosa* son tres magníficos personajes, que fueron muy bien representados por Susana Canales, Angel Picazo, especialmente, y Elena María Tejeiro. Del resto de la Compañía destacaron María Isabel Pallarés, Erasmo Pascual y Emilio Laguna. Los decorados, sólo pasables.

Teatro Marquina: "El Pensamiento". *Autor:* Leónidas Andreiev. *Traducción:* José Méndez Herrera. *Adaptación libre:* Carlos Semprún. *Dirección:* Fernando Fernán Gómez. *Decorados y figurines:* Mampaso, *realizados por* Manuel López. *Muebles y atrezzo:* Mateos.

EL PENSAMIENTO, primero novela corta y obra escénica luego, montada por Stanislawsky, tiene escenas de extraordinaria calidad y otras—las más—desvaídas, de clara transición o de acusado tinte folletinesco. Como ejemplo de las primeras, valgan algunos monólogos del protagonista y la escena en que el doctor *Kergentzeff* indaga tierna y angustiosamente la razón de la serenidad de *Macha,* su enfermera: "Tú sabes algo", le dice. *Kergentzeff,* desbordado por su pensamiento, no concibe en el ser humano esa tranquilidad sin conocer el secreto de la vida. Lo que queda en pie en la obra es la honda creación del personaje loco—estudiado, como un ser real, por la Academia de Medicina de San Petersburgo—y

la interpretación asombrosa de Fernando Fernán Gómez. El es—y lo que él dice—la obra entera (aunque interesa también, a ratos, otro personaje: *Alexei Constantinovich Saveloff).*

Fernando Fernán Gómez engaña y desconcierta al espectador mismo. ¿Cuándo habla cuerdamente? ¿Cuándo no? Burla, angustia, verdad y tristeza, modulan, a un tiempo, sus palabras y gestos. No hay límites en él para los sentimientos encontrados, sino una prodigiosa, dificilísima síntesis, que invita a admiración y extrañeza, más que a aclarar o traducir matices. Tics nerviosos, voces distintas, brusquedades y desmayos, y las palabras de Andreiev, van encarnando inolvidablemente al doctor *Kergentzeff* en Fernando Fernán Gómez, en la interpretación mejor, quizá, que nunca hayamos visto. Elogiemos, además, los finos decorados y figurines de Mampaso, y la labor de Gemma Cuervo, Charo Moreno, Fernando Guillén, Francisco Pierrá y Luis de Sola.

Teatro Goya: "El río se entró en Sevilla". *Autor:* don José María Pemán. *Dirección:* Lola Membrives. *Ilustración musical:* maestro Romo. *Decorados, bocetos y ambientación:* Sigfrido Burman, *realizados por* Redondela.

La acción transcurre en las afueras de Sevilla, durante una de las inundaciones de su río. El río se entra en Sevilla y, con él, se fuerzan y resuelven varias situaciones, más o menos límite, en la casa de *Doña María,* una marquesa personal, ocurrente, algo gitana y muy andaluza. Pemán es un archicivilizado (positivo, clásico: con amor al campo) y esta comedia es aire, aire finísimo, aire claro, aire señor y limpio. Su autor, gran andaluz, no puede ir derecho al grano. En plena "historia" echa un cigarro, charla de otra cosa o se distrae criticando o persiguiendo una "gracia" o una frase ingeniosa. Y así, el "dramón" de *Don Daniel* con *Matilde* no lo vemos, realmente; queda fuera, lejos de la escena. Lo que sí vemos, y gustamos, es la "estampa" de aquella casa, tan llena de graciosos defectos—graciosos aquí, que hay salidas—, tan española. Pemán se recrea muchas veces en pormenores y personajes azorinianos, que se ve que él ama profundamente: *Doña María, La Curruca, Sor Cinta...* Lo que no quiere decir que no pertenezcan también al mundo de Pemán, ostensible en la obra: *Doña María,* de nuevo, *Alfonso Márquez,* trasunto del "Séneca", *Simón "El Sargento"...* Mundo leve y complicado, con profusión de velas e infracciones y hasta correcciones a la ley de Dios, con mocitas o viudas quemándose en su prestigio y su mundo, con "Sénecas" y helicópteros, con "horror" al ingeniero y americanos audaces que ignoran la importancia y la pátina de lo que les rodea. Comedia ingeniosa, fina, en la que interesan, sobre todo, *Doña María* y Pemán. Y no nos preocupa lo que le pasa a *Don Daniel.*

Doña María es Lola Membrives, reliquia del teatro hispánico. Los actores giran en torno de ella, se preocupan por lo que dice y, como el público, le ríen las ocurrencias. Viejo estilo de dirigir la escena, y válido, claro está. Muy bien, en el papel de americano, Francisco Valladares. Los demás, discretos.

Teatro Bellas Artes: "Calígula". *Autor:* Albert Camus. *Traducción:* J. Escué Porta. *Dirección:* José Tamayo. *Ilustraciones musicales:* Antón García Abril. *Decorados:* Sigfrido Burman. *Figurines:* Víctor María Cortezo.

CALÍGULA es un drama que trabajó mucho Albert Camus. Antes de su estreno en 1945, fué corregido y aclarado en distintas ocasiones. No sólo perfeccionaba Camus una obra escénica, sino sus propias ideas, y atendía, en suma, a un drama personal, íntimo: indagar por qué no van a la par acción y pensamiento, y qué es el hombre y cuál es su misión. Calígula, recreado, más que histórica, literariamente por Camus, es consecuente consigo mismo, realiza lo que piensa y obtiene lo que persigue con pura y terrible lógica. Su magistratura inviolable le permite tratar y ordenar, a su capricho, lo divino y lo humano, con el único fin de satisfacerse, de lograr una felicidad que relampaguea, a veces, y siempre se escapa. Otros poderosos han hecho o hacen hoy en la tierra lo mismo, unos al servicio exclusivo de intereses materiales—Al Capone, por ejemplo—, otros, al servicio, noble en su origen y posibilidades, de ideas políticas o del futuro de un pueblo—Stalin, del que vamos sabiendo tantas cosas—. Lo que trataba Camus era siempre un tema nuestro, candente. Calígula es ateo, pero no hay que olvidar, a la hora de interpretar la obra, que el autor lo hace semejante a Dios.

La interpretación de José María Rodero es fabulosa. Está encajado, en todo momento, en el mundo del escenario, teniendo presente lo que se hace y dice alrededor suyo, sus ideas, sus distracciones, los tonos de voz, sus estados de ánimo—tan cambiantes—, crueldad, ternura, veleidad, de dónde llega y adónde quiere ir. Escucha, *piensa* lo que va decir, se expresa siempre con o sin palabras. El resto del elenco está a cien leguas de él. Nombremos, sin embargo, a Víctor Merás, Manuel Escalera y Carlos Ballesteros. Los demás, incluído Bruguera, que se representa siempre a sí mismo, nos gustaron mucho menos.

M. F.

